

Los quioscos de la música, entre la transformación y la desaparición: las últimas notas de una melancólica melodía

The bandstands, between transformation and disappearance: the last notes of a melancholic melody

MARÍA PILAR POBLADOR MUGA*

Los quioscos de la música, esos pequeños escenarios ciudadanos, concebidos como lugar de encuentro y disfrute de gentes de toda edad y condición, arremolinadas en su entorno con el propósito de escuchar alegres melodías interpretadas por bandas, a veces municipales y otras militares, incluso por cualquier agrupación que quisiera amenizar con su presencia una plaza, un parque o un jardín. Vivieron una época dorada durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, pero tras ella fueron lentamente languideciendo. Convertidos hoy en mudos testigos de otro tiempo, muchos de ellos abandonados a su suerte e incluso vandalizados, en algunas ocasiones son considerados incómodos estorbos al encontrarse alejados de su función principal. Las nuevas formas de entender el ocio y las modas, que se van sucediendo en frenético torbellino, ya no reclaman su uso; dado que aquellas vibrantes composiciones musicales, que transformaban el ambiente urbano con sus conciertos ante un público entusiasta, cada vez son menos demandadas por las nuevas generaciones.

Sus sencillas estructuras en la mayoría de las ocasiones de hierro fundido, elevadas sobre basamentos de planta centralizada, unas veces circulares y otras hexagonales u octogonales, incluso cuadrangulares, permitían disponer a los músicos a una cierta altura, para favorecer la visualización. Cubiertos mediante cúpulas o tejadillos planos distribuidos en diversas aguas, el acceso a sus pequeños escenarios se realizaba mediante una escalera y también podían disponer de una barandilla de seguridad. Su minucioso diseño en los detalles decorativos contribuía al deleite de los oyentes; ya que, mientras escuchaban los acordes musicales, la mirada podía divagar y recorrer, quizás al ritmo del compás, los sutiles detalles de sus ornamentos.

* Profesora titular del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Grupo *Vestigium*. Dirección de correo electrónico: poblador@unizar.es. ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0001-6881-2134>.



Toda ciudad e incluso algunos pueblos importantes anhelantes de estar al día, *à la page*, y disfrutar de una vida plenamente moderna, levantaron su respectivo quiosco de la música. Por tanto, nacieron con la revolución industrial como reflejo de la firme voluntad de la burguesía de fomentar el adorno del espacio ciudadano, de la misma manera que iban surgiendo plazas y jardines llenos de arbolado, fueron erigidos monumentos públicos con esculturas para ensalzar valores como la heroicidad, la defensa de la patria o la exaltación de las artes y las ciencias, o la instalación de mobiliario urbano de diversa tipología. Desde humildes bancos para tomar asiento, farolas de hierro fundido con el cometido de iluminar las calles y hacerlas más seguras en la noche, urinarios públicos con el propósito de sanear y fomentar las buenas prácticas higiénico-sanitarias, pasando por pérgolas como cobijo ante las inclemencias del tiempo y dar sombra a los viandantes, hasta quioscos, pero no solo de música, ya que con otros formatos y funciones permitían la venta de flores, refrescos o prensa.

Así, a finales del siglo XVIII, los quioscos de la música posiblemente surgen con la idea de construir un templete para cobijar a las personas que interpretaban melodías en jardines de Londres y París, mientras los invitados cenaban y bailaban. A lo largo del XIX, no solo en Europa sino también en las Américas, en las nuevas naciones que iban naciendo al otro lado del Atlántico, unos más sofisticados en sus formas y otros más sencillos, a veces de gran porte o también de modestas dimensiones, irán erigiéndose en parques y plazas, incluso en *piers* o muelles frente al mar, una singular propuesta que los británicos pusieron de moda y exportaron a otras ciudades del mundo. Afortunadamente, muchos de estos preciosos templetos se han conservado y lucen con todo su esplendor, como los *kiosque à musique* ubicados en los Jardines de Luxemburgo o en los Campos Elíseos de París, además de los que, siguiendo su ejemplo, se mantienen en muchas poblaciones francesas. Lo mismo sucedió en el Reino Unido, en este caso los denominados *banstand* que disfrutaban de una larga tradición, cuyo origen algunos remontan a la plataforma de baile levantada en los populares jardines *Cremorne*, un lugar de recreo situado a orillas del río Támesis en el barrio de Chelsea, en las afueras de Londres, que fueron inaugurados en 1845 y ofrecían a sus visitantes restaurantes, entretenimientos, bailes y ascensos en globo. A esta iniciativa de la capital británica le siguieron otras localidades, convirtiéndose en una construcción especialmente demandada a lo largo de la época victoriana, y así surgieron algunos como el precioso quiosco, con su sutil combinación de aires eclécticos y moriscos, levantado en el *pier* de Brighton, cuya delicada silueta se recorta en el horizonte sobre las olas, a situarse al final de su pantalán de madera junto a su playa. A los que podemos sumar otros como el ubicado en el Sefton Park de Liverpool



Fig. 1. Quiosco de la Música de la Exposición Hispano-Francesa de 1908 en Zaragoza. Organizada para la conmemoración del primer centenario de los Sitios, y al fondo el efímero edificio del Gran Casino. Fue diseñado por los arquitectos y hermanos José y Manuel Martínez de Ubago y Lizárraga, según proyecto fechado en 1907. Fotografía: Ignacio Coyne (Archivo Histórico Provincial de Zaragoza).

o el Bridgeton Umbrella de Glasgow, en este caso frente a la estación de ferrocarril y coronado con una torrecilla donde se instaló su pintoresco reloj. Sin olvidar la influencia en sus colonias, de hecho, un quiosco de música fue erigido en el Palacio Real de Sarahan, en la India, porque po-

demos encontrarlos desde Italia, donde se conocen como *cassa armonica* o *chiosco della musica*, hasta en la vietnamita Hanoi, sin olvidar, por supuesto los Estados Unidos.

En el caso de la región aragonesa, Zaragoza cuenta con uno de los quioscos de la música más espectaculares de España, realizado con motivo de la Exposición Hispano-Francesa, proyectado en 1907 e inaugurado en 1908, obra de los hermanos José y Manuel Martínez de Ubago y Lizárraga [fig. 1], nacidos en Pamplona y formados en la Escuela de Arquitectura de Barcelona, que por aquellos años trabajaron en esta capital a orillas del Ebro, especialmente Manuel al afincarse definitivamente en ella.¹ Está considerado uno de los diseños más delicados e interesantes del modernismo zaragozano,² por las labores de forja de su barandilla y los adornos en su estructura, al desplegar fluidos motivos en *coup de fouet* o golpe de látigo, combinados con detalles florales y vegetales, acompañados de alusiones musicales, como liras de cinco cuerdas y pentagramas, en armonía con su función. Mientras que su marquesina evoca, con sus vidrios de perfil curvo dispuestos en abanico, las originales bocas del Metro de París concebidas por el arquitecto Hector Guimard. Cubierto por una espectacular cúpula, muy peraltada, de tejas en forma de lágrima y disposición escamada, coloreadas en rojo y amarillo, que simbolizan a la nación española, y es rematado por una corona real.³

Sin embargo, este quiosco fue trasladado y reubicado en tres emplazamientos distintos de la ciudad. Inicialmente, fue erigido en un lugar preferente del recinto de la Exposición Hispano-Francesa, junto al Gran Casino, el Pabellón de Francia y el Central o de la Alimentación, no muy lejos del espectacular monumento a los Sitios de Agustín Querol. Pero un lustro después, en 1912, se desplazó al paseo de la Independencia [fig. 2], una ubicación más céntrica, que permitía su visión desde una lejana perspectiva, pero abandonada en 1924, dado que el ruido de los tranvías al pasar por sus flancos afectaba a las veladas

¹ Por su valor patrimonial, se encuentra declarado Bien de Interés Cultural (BIC), en la categoría de Monumento, Decreto 18 de noviembre de 2008 del Gobierno de Aragón, *Boletín Oficial de Aragón* (Zaragoza, 2-XII-2008). Diversos autores han tratado de este tema, destacamos el estudio pionero de MARTÍNEZ VERÓN, J., *Arquitectura de la exposición Hispano-Francesa de 1908*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1984; además de PANO GRACIA, J. L. y MARCO FOZ, J. C., *El kiosco de la música de Zaragoza (1908-1999)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002.

² POBLADOR MUGA, M.ª P., *La arquitectura modernista en Zaragoza*, Zaragoza, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, 2003 [tesis doctoral, 1994, CD-ROM].

³ París constituyó un referente esencial, véase POBLADOR MUGA, M.ª P., «Ensueños de París. El Art Nouveau como modelo para la arquitectura modernista zaragozana», en Arce, E., Castán, A., Lomba, C. y Lozano, J. C. (eds.), *Reflexiones sobre el gusto*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2012, pp. 289-305, disponible en <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/32/68/15poblador.pdf>. [Fecha de consulta: 15-II-2025].



Fig. 2. Quiosco de la Música de Zaragoza de la Exposición Hispano-Francesa, ca. 1918. Por aquellos años, concretamente entre 1912 y 1924, se encontraba reubicado en el paseo de la Independencia, después regresó a su lugar inicial y en 1967 fue trasladado al parque José Antonio Primo de Rivera, hoy conocido como de Labordeta o Parque Grande. Fotografía: Proyecto GAZA «Gran Archivo Zaragoza Antigua» [Archivo Pedro Archilla Salido (MECD)].

musicales, por lo que se decidió devolverlo a su localización original. Por aquellas fechas el antiguo recinto expositivo se había remodelado y convertido en la plaza de Castelar, rebautizada de José Antonio Primo de Rivera en 1939 y en la actualidad de los Sitios. En su reinauguración se contó con la presencia del Orfeón Zaragozano, que interpretó *La mort de l'escolà*, obra coral compuesta por Antoni Nicolau, mientras los asistentes podían disfrutar del concierto sentados en sillas de alquiler al precio de diez céntimos, cuya recaudación se destinaba a la institución benéfica de La Caridad.⁴

⁴ «Con la música a otra parte», disponible en <https://www.heraldo.es/especiales/con-la-musica-a-otra-parte/>. [Fecha de consulta: 15-II-2025].

Finalmente, en 1967, se decidió un nuevo traslado, esta vez a un rincón del parque Primo de Rivera, hoy Parque Grande o de José Antonio Labordeta. Además, se aprovechó la ocasión para ampliar su basamento, con la idea de que sirviera de camerino a los músicos y artistas, aunque ha ido cayendo en el olvido, al darle un uso más esporádico. Pero un fatídico 17 de febrero de 2017 sufrió la acción vandálica de tres jóvenes, que arrancaron su preciosa barandilla modernista con una pala retroexcavadora, la cual se encontraba en sus proximidades debido a obras de mantenimiento.⁵ Por lo que tuvo que realizarse una intervención provisional de forma inmediata, en 2018, para paliar su deterioro. Aunque un nuevo proyecto de restauración, esta vez encargado a Sergio Sebastián, arquitecto experto en la conservación del patrimonio, abre una nueva etapa de esperanza. De hecho, prevé intervenir en la estructura de madera y la cobertura de zinc de su cúpula, pero también restituirá la marquesina de vidrio, reactualizando los revestimientos y acabados, los sistemas de electricidad e iluminación, la fontanería y el saneamiento, así como revisará su protección contra incendios, intentando devolver a este precioso quiosco su aspecto prístino, por lo que esperamos que las expectativas se cumplan y sea restablecido su antiguo esplendor.⁶

Pero mientras unos están pendientes de una prometedora recuperación, otros son derribados en la capital aragonesa. Así ha sucedido en 2024 con el Quiosco de la Música del parque de Torre Ramona, construido en 1983 y desaparecido cuatro décadas después, algo similar al caso del ubicado en el parque de la Aljafería; aunque, a diferencia del anterior, se propone su sustitución por uno nuevo [fig. 3].

Sin olvidar que también artistas zaragozanos levantaron otro precioso quiosco de la música, esta vez no en tierras aragonesas sino en la elegante Alameda del Boulevard de San Sebastián [fig. 4]. Concretamente, tras ganar un concurso de proyectos convocado el 18 de diciembre de 1906 por el Ayuntamiento donostiarra, el encargo recayó en el arquitecto Ricardo Magdalena Tabuena y el cerrajero artístico Pascual González. Por la calidad en el diseño de su estructura, la delicadeza de las labores de forja y sus vidrieras fue atribuido por unos a Ramón Cortázar y por otros

⁵ Vandálico suceso con repercusión en la prensa local y nacional, destacamos ZAPATER, P., «Reconstruir el quiosco de la música, dañado hace un año, costará cerca de 27000 euros», *Heraldo de Aragón* (Zaragoza, 16-II-2018), incluye un vídeo testimonial, disponible en <https://www.heraldo.es/noticias/aragon/zaragoza/2018/02/16/reconstruir-quiocso-musica-costara-cerca-000-euros-1225071-2261126.html>. Tras su deterioro fue necesaria su restauración en 2018, véase web Ayuntamiento «Zaragoza Noticias», disponible en <https://www.zaragoza.es/sede/servicio/noticia/228171>. [Fecha de consulta: 15-II-2025].

⁶ Web Ayuntamiento «Zaragoza Noticias», disponible en <https://www.zaragoza.es/sede/servicio/noticia/333467>. [Fecha de consulta: 15-II-2025].



Fig. 3. Dos quioscos desaparecidos en 2024, estuvieron ubicados en los parques de Torre Ramona (arriba) y la Aljafería (abajo), ambos en Zaragoza. Fotografías: web de la Asociación vecinal «Las Fuentes» y del Heraldo de Aragón, respectivamente.



Fig. 4. Quiosco del Boulevard de la Alameda de San Sebastián, realizado según proyecto, firmado el 21 de enero de 1907, del arquitecto Ricardo Magdalena Tabuenca, en colaboración con el cerrajero artístico Pascual González, ambos zaragozanos. Su podio de planta elíptica sustenta doce columnas de hierro de fundición, con capiteles en forma de flores y flanqueados por granadas, inspiradas en las Arts & Crafts de William Morris, de estilo modernista, al igual que la decoración de sus vidrieras. Fotografía: autora.

al famoso ingeniero francés Gustav Eiffel y, aunque estas erróneas autorías fueron mantenidas durante décadas, lo cierto es que esta anécdota no solo confirma su valor artístico, sino que constata la estrecha vinculación entre la capital aragonesa y esta perla del Cantábrico. Algo nada extraño, más bien todo lo contrario, dado que la capital guipuzcoana fue, desde finales del siglo XIX hasta mediados del XX, el destino turístico preferido de la alta burguesía zaragozana. Aunque estuvo al borde de su desaparición, en los años tristes y oscuros del terrorismo que asoló al País Vasco al final de la dictadura del general Franco y que, desgraciadamente, no se paralizó sino que se mantuvo con la llegada de la democracia, al convertirse la Alameda del Boulevard en lugar de encuentro de la izquierda *abertzale* más radical y en sus manifestaciones, muchas veces convocadas al margen de la



Fig. 5. Quiosco de la Música de Jaca (Huesca), en el paseo de Alfonso XIII, en la actualidad de la Constitución, diseñado en 1903 por Ricardo Salas, capitán del cuerpo de ingenieros militares, con motivo de la visita de Alfonso XIII a la ciudad. Fue el primero que se construyó en Aragón. Fotografía: postal Beritens y Lacasa, colección de la autora.

legalidad, algunos violentos lanzaban piedras y otros objetos, destruyendo sus delicadas y artísticas vidrieras coloreadas. La situación de deterioro fue de tal magnitud que incluso el propio consistorio llegó a plantear su derribo; pero, afortunadamente, no se llevó a cabo, por lo que tras su restauración hoy luce su preciosa estructura totalmente recuperada.⁷

Pero Zaragoza no fue la única localidad aragonesa que levantó su quiosco de música, también lo hicieron ciudades como Huesca o Calatayud, aunque en fecha más tardía. Posiblemente uno de los más interesantes sea el de Jaca [fig. 5]. Erigido en 1903 en el paseo de la Constitución, denominado por aquellas fechas de Alfonso XIII, una nueva y elegante zona de ensanche que comenzaba a surgir tras la muralla, incluso antes de ser demolida, algo que tristemente sucedió en 1915. Diseñado por el capitán de ingenieros Ricardo Salas,⁸ destinado en la plaza hasta marzo

⁷ Archivo Municipal de San Sebastián [AMSS], Negociado 21, Libro 6, Sección D, Expediente n.º 5, 1907. Véase HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, A., «Ricardo Magdalena diseñador de mobiliario urbano: el kiosco del boulevard de San Sebastián», en *Actas del VI Coloquio de Arte Aragonés*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1991, pp. 15-25; y POBLADOR MUGA, M.ª P., *La arquitectura modernista...*

⁸ Archivo Municipal de Jaca [AMJ], Negociado Fomento, 1903; y Archivo General, n.º 1-1-1-2, Caja 274. Su autor, Ricardo Salas y Cadena había nacido en Zaragoza en 1866 y, por aquellas fechas

de ese mismo año, como así recoge la prensa local, concretamente *El Pirineo aragonés*. Asentado sobre un basamento hexagonal, luce una ligera decoración ecléctica, inspirada posiblemente en modelos franceses, y se conserva en perfecto estado, incluso de vez en cuando sigue acogiendo conciertos y encuentros musicales, especialmente con la llegada del estío. Sin embargo, su sencillez no debe ocultar el hecho de que debe ser considerado el primer quiosco erigido en Aragón, puesto que el levantado en Zaragoza para la Exposición Hispano-Francesa fue proyectado en 1907 e inaugurado en 1908, es decir un lustro después. Este curioso hecho tiene su lógica, dado que Jaca comenzaba a consolidarse como destino de veraneo de la burguesía zaragozana y precisamente en septiembre de 1903 va a recibir la visita oficial del rey Alfonso XIII, por lo que este ingeniero militar concibe un templete para que allí actúe la banda militar en su honor.

Para concluir, es evidente que la conservación de estos quioscos es tarea de todos. La intemperie merma sus estructuras y decoraciones, tan ligeras y frágiles. Del abandono se pasa al olvido y, como consecuencia, a su demolición. Los nuevos tiempos los han enmudecido; pero lejos de olvidarlos, debemos protegerlos y adecuarlos a nuevas funciones si es necesario. Porque su presencia, a veces silenciosa, contribuye al mantenimiento de nuestra memoria colectiva como ciudadanos, nos susurra recuerdos de otras épocas, no muy lejanas, y aporta una delicada nota, un acorde de singularidad, en el paisaje urbano.

de comienzos del siglo XX, era capitán de ingenieros destinado en la Comandancia de Jaca, tras regresar de Manila, puesto que había luchado en el Ejército de Filipinas. Precisamente para esta ciudad altoaragonesa, donde estuvo destinado hasta finales de marzo de 1903, diseñó su Quiosco de la Música, mientras dirigía obras en el fuerte Rapián y proyectaba de las líneas del servicio telegráfico militar, por cuyos trabajos recibió la Medalla de Alfonso XIII, además de la Medalla de plata conmemorativa del primer centenario de los Sitios de Zaragoza, concedida en 1909, alcanzado en su carrera rango de general de Brigada de Ingenieros. Véase <https://forohistorico.coit.es/index.php/personajes/personajes-espanoles/item/salas-y-cadena-ricardo>. [Fecha de consulta: 15-II-2025].

